

## V. Despolitización de la política o nuevo status de la política: *La política reflexiva*

Lo político ha sido abordado desde varios puntos de vista: desde un punto de vista filosófico, se plantea como la búsqueda o deseo de la vida buena propuesta que desemboca en una justificación moral de lo político, puesto que el ser humano está integrado tanto al deseo de la vida buena, como a la vida moral que está sometida a la obligación en el nivel de la ciudad y el Estado. Esta justificación de la responsabilidad moral de la política envía al individuo a la ciudadanía, es decir, al centro de la política, a una adjetivación de lo político<sup>225</sup>.

Paoul Ricouer, distingue entre lo político y la política: “Entendemos por política el conjunto de actividades individuales y colectivas (llevadas a cabo por los partidos o por otras entidades) relacionadas con el ejercicio del poder, tanto si se trata de conquistarlo como de ejercerlo y defenderlo”<sup>226</sup>. Por otra parte, este autor entiende lo político como: “La estructuración misma del poder del Estado y la relación de los ciudadanos con todas las instituciones coordinadas por ese poder del Estado”<sup>227</sup>.

Asimismo Michel Henry observa, “ontológicamente, lo político designa una determinada región del ser, aquella en la que se encuentran

---

<sup>225</sup> Cf. Paul Ricouer: 1995, p. 128

<sup>226</sup> Ibid.

<sup>227</sup> Ibid.

realidades como el Estado y sus múltiples instituciones, cada una con sus regulaciones y su funcionamiento”<sup>228</sup>. Agregando Michel Henry que la política sería la expresión general de la ciudadanía individual o colectiva, que se manifiesta en *lo público*. En otras palabras, es la unidad entre lo general y lo público que tiene como contexto de expresión la comunidad política organizada en instituciones<sup>229</sup>.

De esta manera, Michel Henry concluye que lo político tiene su origen en la comunidad en la medida en que esta última representa lo universal, pues los asuntos generales son asuntos de todos en tanto la misma se refiere a la comunidad original. Para Michael Henry: “sin esta comunidad original, anterior a lo político, anterior a lo social, no podría surgir ningún proyecto, nada podría tomar forma ni adoptar ningún tipo de significado al margen de su arraigo en la estructuración orgánica del deseo y de la acción”<sup>230</sup>. Teniendo en cuenta estos aspectos, precisaremos politológicamente que lo político se presenta en tres dimensiones de actuación y reproducción y la ciencia política ha abierto y elaborado su concepto de lo político en tres aspectos:

- En primer lugar, investiga la constitución institucional de la comunidad política con la que la sociedad se organiza a sí misma. Esta se refiere al estilo de vida institucional que los ciudadanos se dan en la polis (polity).
- En segundo lugar, los rasgos fundamentales de los programas políticos empleados para configurar las demandas sociales, en la que se configuran los programas o las políticas dirigidas a la ciudadanía (policy).
- En tercer lugar, los procesos de conflictos políticos, o lo que es lo mismo, la política misma (politics), la cual se configura en el reparto de poder y las posiciones de poder que se generan en la sociedad producto de las relaciones de desigualdad<sup>231</sup>.

El pensamiento ilustrado planteó la secularización de la religión y con ella deviene la política en elemento central y emergente para

---

<sup>228</sup> Michel Henry: 1995, p. 19.

<sup>229</sup> Cfr. Ibid.

<sup>230</sup> Ibid., 27.

<sup>231</sup> U. Beck: 1994, p. 38.

explicar y reorganizar nuestras sociedades históricas, que nacen como producto de las contradicciones que surgen al interior de estructuras que mueren y nacen. En consecuencia, “la función política nunca ha sido tan insoslayable en nuestra sociedad si se considera que la función de lo político es poner en forma y dar sentido a la sociedad. En un momento en que el modo clásico de organización del vínculo social se desmorona, es esencial, en efecto, retornar a esa función primordial de lo político”<sup>232</sup>.

Es un lugar común seguir hablando en estos momentos sobre el papel central de la política en la sociedad moderna, sobre la centralidad de las estructuras políticas en las sociedades modernas (simples u organizadas), como lo han afirmado, sociólogos y politólogos, que estábamos en presencia de la sociedad del consenso: desde la concepción del Estado como ente de unidad y cohesión de la sociedad pasando por la inculcación de valores para la perpetuación de la sociedad, hasta las prácticas sociales autoreguladas y pasando por los conceptos de pluralización y desorganización y conflicto.

La centralidad de la política organizada alrededor de las instituciones y, el monopolio de su capital cultural ha venido disminuyendo ciertamente. Por consiguiente, el análisis politológico y sociológico actual y el de otras ciencias sociales debe demostrarnos la incertidumbre y la perplejidad de los individuos y de los actores políticos tradicionales que no se dan cuenta de los procesos de innovación y traslado de la agencia transformadora a otros sectores de la sociedad. Por ejemplo, “la clase política ha vaciado de contenido la idea de la representación, estos ciudadanos han empezado a negarse a dejarse representar y están recurriendo a una utilización estratégica de sus propias posibilidades de respuesta”<sup>233</sup>. Por consiguiente, debemos reexaminar la nueva dimensión de la política y sus instituciones, además de revisar cuáles son las condiciones culturales a través de los cambios de los actores en las condiciones actuales de esta modernidad. Puesto que la toma de decisiones de los ciudadanos ha cambiado tal como lo señala Anthony Giddens cuando afirma que “la tradición, como la naturaleza, solía ser, como si dijéramos un

---

<sup>232</sup> Jean-Paul Fitoussi y Piere Rosanvallon: 1996, p. 204.

<sup>233</sup> Peter Wagner, 1994, p. 278.

marco externo para la actividad humana que tomaba muchas decisiones por nosotros. Pero ahora tenemos que decidir sobre la tradición: que debemos intentar mantener y que desechar. Y la propia tradición, pese a ser frecuentemente importante y valiosa es de poca ayuda en este caso”<sup>234</sup>.

De entrada, debemos indicar que en América Latina ocuparse de la política y lo político como realidad social y cultural, más allá de las barreras existentes que imponen, por un lado, para el especialista y, por otro, para las instituciones políticas que profesionalmente se ocupan de gestionarlas, es condenarse a no superar las construcciones que antiguamente venían explicando dicho fenómeno. No es de extrañar que a la altura que se ha movido, y todavía se mueve la política, como instancia institucional que trata de controlar los conflictos en la sociedad, haya provocado por su propia inercia la incertidumbre y el desarraigo de los individuos hacia las instituciones y ahora traten de imponer sus propias reglas de juego, frente a unos actores que no promueven fiabilidad y seguridad ontológica.

Por otra parte, estamos en presencia de la persistencia de la política. Por una parte, los ciudadanos dejan constancia de que la política se muestra altamente resistente a desaparecer; por otro lado, el asombro que conlleva a los actores políticos tradicionales, que la reflexividad de los individuos recurran a nuevos valores y nuevas orientaciones que motivan el surgimiento de otras prácticas de orientación político-social. Tradicionalmente existe una suerte de “*infrapolitización* «que consiste» en que el debate se lleva a cabo prescindiendo por completo de los ciudadanos. Estos son informados a través de los debates televisivos, los reality shows, etc, pero los partidos políticos no hacen suyos estos problemas, no los incluyen en sus programas”<sup>235</sup>.

Preguntarse por la persistencia de la política mas no por el fin de la política presupone dos cosas: por un lado, tenemos que estar claros de que la política se niega a desaparecer; de otro lado, el asombro que conlleva la reinención de ésta, a partir, del traslado de la centralidad de la política y el monopolio de ésta que escapa a las instituciones

---

<sup>234</sup> Anthony Giddens: 1996, p. 58

<sup>235</sup> Edgar Morin: 1995, p. 10

tradicionales y regresa a los individuos, quienes imponen sus propias reglas de juego. Con la persistencia de la política, se alude al hecho de que la política, pese a los pronósticos de la postmodernidad, no se ha acabado o no está cerca del fin. “Es una posterior confirmación – también por parte moderna- del hecho de que existe una proporcionalidad directa entre filosofía política y agotamiento de la política. La una no puede crecer más que en la perspectiva de la muerte de la otra: tanto como para hacer pensar que el ‘fin de la política’, anunciada en dirección postmoderna por Luhmann (o en clave diferente, por Baudrillard), más que constituir el trazo de discontinuidad más marcado respecto a lo Moderno, no hace sino completar su lógica, como por otra parte queda confirmado por la evocación, por parte de su maestro Parsons, del problema hobbesiano del orden”<sup>236</sup>.

Dentro de la tesis de la modernidad reflexiva se nos propone como alternativa de análisis la *subpolítica*, en el sentido de que por lo general las personas esperan encontrar la política en los lugares que fueron privilegiados y monopolizados y deliberadamente autorizados como los partidos políticos, los parlamentos, los sindicatos etc. Aquí es donde se detienen las agujas del reloj de la política y lo político, pues la política irrumpe irreverentemente más allá de las jerarquías formales. Esta reflexividad de los ciudadanos contra unas estructuras, que dominaban con “éxito” casi todas las relaciones de la existencia de la vida cotidiana es inexplicable mediante los supuestos de análisis dominantes hoy en día. Esta subpolítica nos muestra la vacuidad de las instituciones, del sistema político, y por otra, nos indica un reconocimiento no institucional de las formas políticas. Marcando una suerte de regreso del ciudadano a las instituciones sociales y culturales de la sociedad<sup>237</sup>.

Los temas que se abordan aquí sobre la persistencia de la política van desde poner en tela de juicio la política tradicional organizada, a la que que sociólogos y politólogos (lo máximo que habíamos llegado a hablar era de despolitización) habían apostado sobre su consistencia y ausencia de cambio, hasta indagar las razones que podrían explicar

<sup>236</sup> Roberto Espósito: 1996, pp. 25-26

<sup>237</sup> Cf. U. Beck, p. 32 y 35

la necesidad de su actual reinvencción. Si el destino de la política era perecer con la crisis de la modernidad simple organizada, tenemos que dar cuenta del hecho de que la política se muestra reacia a desaparecer más no a permanecer igual. Es verdad, “el marchitamiento de la política tradicional, que no alcanza a concebir ni a tratar los nuevos problemas, y al mismo tiempo el auge de una política que se ocupa de todas estas dimensiones nuevas que han entrado en su ámbito de competencia, aunque de una forma compartimentada y degradada”<sup>238</sup>.

Hasta bien entrada la década de los ochenta, el supuesto actuante de la tradicional política organizada era exactamente lo contrario: no había sociedad, individuos o ciudadanos que no tuvieran, culturalmente hablando, una forma tradicional (hábitos, reglas, normas) en la forma de conocer la política y tomar sus decisiones, y por tanto, la permanencia indefinida de la política, lejos de cambiar o plantear el menor problema, se consideraba lo más cierto y natural, especialmente por la clase política cuya perplejidad fue desbordada por las iniciativas ciudadanas que han escapado al control de las estructuras políticas (gobiernos, parlamentos, partidos políticos, sindicatos etc.). El disfuncionamiento de estas últimas se manifiesta en la medida en que “la política se aleja huyendo de la vida, se delinea como un sistema de oportunidad, de conveniencias, de intercambios, cerrados y reunidos en las competencias de una clase de profesionales que responde de vez en cuando a la fragmentada demanda social. La política se presenta así desnuda de contenidos, una técnica, un procedimiento del que se ha alejado, no ya el pathos del proyecto, sino cualquier ética del principio y de la convicción que afirme una vocación y que se plantee una interrogación sobre el sentido”<sup>239</sup>.

La cuestión se ha planteado recientemente desde los supuestos pesimistas (léase postmodernidad), con las luces que aporta el ocaso interminable de la modernidad simple, la política llegaría pronto a su fin. En consecuencia, no es el hombre político, convencido de la permanencia indefinida de las estructuras contradictorias de la política, sino el ciudadano político reflexivo (sumergido en la

---

<sup>238</sup> Edgar Morin, p. 15

<sup>239</sup> Biagio de Giovanni: 1990, p.34.

incertidumbre) que no la ha negado, el mismo que comienza a darse cuenta de la increíble persistencia de la política en estos procesos de deestructuración y desanclaje de los vínculos sociales y político.

Las sociedades centradas en el consenso y convivencia institucional, que en el pasado fueron dominadas por la política organizada, si bien es cierto que quedan aún restos bastantes significativos de decisiones de esta, cuesta bastante trabajo ver cómo las clases dirigentes políticas y económicas no se dan cuenta de los procesos de reconstrucción que emergen de los cambios culturales, políticos y sociales que inducen a las acciones sociales a ser traducidos mediante los nuevos actores, en demanda de transformaciones del orden político. No faltan elementos empíricos para tratar de probar la persistencia de la política, los cambios han sido tan vertiginosos, sin embargo las herramientas de análisis han sido lentas o fuera de orden para dar cuenta de los cambios. Desde este punto de vista, la realidad confirma la tendencia general que anuncia una nueva interpretación de la política.

La persistencia de la política está ligada a las resistencias de estructuras que se niegan a ser reflexivas, por lo tanto, la fuente misma de los cambios de la política se encuentran en la pérdida de capacidad de aquellas para introducir los cambios en la sociedad, en la medida en que han perdido su característica de agencia y cuando hablamos de agencia nos referimos a la capacidad que tienen los actores de conducir y reproducir los cambios en los sistemas de acción histórica.

Lo que decreció fue el poder de las instituciones políticas: la política institucionalizada perdió fuerza (es decir, el monopolio de la explicación ritual de la cultura política) a cambio de generar nuevas experiencias en la forma de generar los cambios o formas de hacer política que emergen de la capacidad de los nuevos actores y los mismos ciudadanos de crear sus propias biografías. Pues con la secularización de la política, efectivamente, las instituciones políticas han perdido su capacidad de injerencia sobre la vida política y social de los individuos. Procesos éstos que parecen irreversibles, pues si las instituciones que se ocupan de gestionar la política no se hacen reflexivas para gestionar los cambios o se adaptan, desaparecen.

De esta manera, el distanciamiento de la clase política y de las instituciones de los ciudadanos, revela paradójicamente parte de las condiciones o prerequisites para el renacer de una nueva experiencia

en la forma de conducir la política. La política en su manifestación reflexiva (como relación de adversarios mas no de amigo-enemigo) acaba por disminuir la intensidad de los conflictos de las relaciones de fuerza en la sociedad, convirtiéndose así en la forma institucional a través de la cual las fuerzas sociales y políticas canalizan sus respectivos proyectos políticos en la sociedad sin ninguna revolución violenta. Todos los comentarios anteriores han tratado de poner de manifiesto la insuficiencia y la pérdida creciente de la política tradicional desalojada de los actores principales, quedando arrumbada a los desvanes y sótanos de la sociedad, tomando fuerza las teorías de que la experiencia política cuando se ha negado a sí misma o identificado con otros actores de la sociedad, se convierte en política no convencional o lo que se ha convenido en llamar en algunas literaturas europeas y latinoamericanas como *antipolítica*. La cuestión capital queda por tanto en dilucidar si la modernidad es en sí necesariamente *antipolítica*, en la medida que diluye y atomiza lo político dentro de sus contradicciones producto de su éxito agotador de su proyecto. No cabe duda de que una teoría de la modernidad y viceversa, tiene que hacer patente su relación con la política y sus instituciones que otrora y ahora la representan.

El fenómeno que necesita explicación, desde que la modernidad llega a su madurez, con todos sus actores monopolizadores de la política, es como arrancó el proceso que permite el libre desenvolvimiento de los procesos reflexivos de la política, es decir, deseamos dar cuenta de la persistencia de la política. Lo natural en estos momentos hubiese sido explicar y justificar la despolitización de los ciudadanos, pero resulta que la política, en la medida que regresa al ciudadano, se ha ido revalorizando y planteando su reivindicación.

Con la radicalización de la modernidad simple, la política se ha desplazado de la centralidad de las instituciones a su periferia, es decir, al ciudadano. La política ocupa un lugar mucho más amplio al que le correspondía, pues, le encontramos en muchas partes. La diferenciación y luego la separación de los actores tradicionales, lleva a la política a concentrarse en un ámbito propio, a su origen, lo que la lleva a considerarla dentro de una nueva concepción pluralista no monopólica.

## El nuevo status de la política

La eclosión de la política en la sociedad se dirige así hacia un nuevo sistema de relaciones, en la medida en que cambia y se vincula a nuevos elementos. Igualmente, el grado de prestigio de la política ha cambiado junto con el de aquellos que monopolizaban sus representaciones simbólicas. La política cambia de calidad, en la medida en que las antiguas relaciones de fuerza entre los actores individuales y colectivos van quedando a un lado para darle un nuevo status a esta. El término dentro de esta concepción nos indica un cambio de valoración de su posición dentro de estos tiempos de cambio. Este cambio de valoración de status aparece independientemente de las estructuras, que anteriormente la monopolizaban. Varias condiciones fundamentales ocurren, de forma combinada, para que cambie el status de la política:

- La crisis de las instituciones tradicionales: Que indica la aparición de un orden postpolítico, lo cual no quiere decir que la política y lo político desaparezcan, sino que la política cambia de categoría en su status, como en sus categorías conceptuales.
- La radicalización de la modernidad ha conducido a la desintegración social y a la descomposición de la unidad orgánica de la sociedad. Surgiendo nuevos clivajes como hombre/mujer, desigualdades generacionales, desigualdades de vivienda, desigualdades de salud, desaparición de los modelos de salario (empleo-ingreso).
- La destradicionalización de la sociedad: Nos conseguimos aquí con una reorientación de la tradición que ha sido la base de acción socio política de los ciudadanos. De esta manera, nos conseguimos con un individuo más reflexivo, puesto que su capacidad social de reflexividad política plantea una variedad de cambios en los sistemas de acción política, en la medida en que la reflexividad y la toma de decisión de abajo hacia arriba lleva a una mayor autonomía de la acción del ciudadano frente a la noción de lo político, tomando este último, en la acepción durkheimiana, como conjunto de instituciones políticas constrictivas.
- El auge del mercado: Este surge como una fuerza de contradicciones en la medida en que las fuerzas del mercado eliminan la tradición

y la fuerza de persistencia de la tradición basada en un liderazgo populista.

- La incertidumbre y desarraigo: Existe un desanclaje de los lazos sociales y culturales que marcaban las relaciones identitarias entre el ciudadano y los imaginarios colectivos, causando una crisis del sujeto. Cuando se actúa como individuo, se actúa como tal en la medida en que se identifica con un colectivo, es decir, el individuo es individuo dentro de una totalidad, si se elimina ésta el individuo queda en el vacío. Tales colectivos son específicos y presentan carácter histórico. La sociedad posindustrial destruye los símbolos y prácticas en las que se basaban las acciones de los individuos, o en las cuales las bases sociales de la sociedad hallaban su significado.

Cuando decimos que la política no ha desaparecido, como habían pronosticado los postmodernistas, sino que persiste, pudiera ocurrir que lo que desaparece es lo que en el pasado se entendió por político y que pervive en su sentido original, es decir en la especificidad de lo político, que se traduce en el regreso al ciudadano. Esto se convierte en una fuerza política subversiva en la medida en que los cambios sociales impulsan desarrollos del “yo ciudadano” en esta modernidad periférica. Estos cambios los describe Giddens más específicamente mediante tres elementos: a) Eclósión de la reflexividad; b) el desenclave de las relaciones sociales por obra de los sistemas abstractos y; b) la consiguiente interpenetración de lo local y lo global<sup>240</sup>. En la baja, media y alta modernidad, bajo el manto de la política se cubrieron ideas y creencias socialistas, capitalistas y nacionalistas, que no eran específicamente mediante políticas (fuerzas sociales) y que se orientan una vez que la modernidad se radicaliza, a una suerte de desprendimiento y referente cultural de lo político.

La secularización de la política que lleva consigo la modernidad simple (consecuencias no previstas de la modernidad simple), en vez de pronosticar el fin de la política, la ha depurado dentro de una práctica cuyo resultado no fue previsto. En primer lugar, ha contribuido a limpiar la idea de la política centrada en las organizaciones, en el

---

<sup>240</sup> Anthony Giddens: 1997b, p 265-266.

Estado, (en el monopolio de la política por el sistema político); en segundo lugar, la política no perdura si se reduce a una experiencia exclusivamente estructural, que se presenta como una forma constitutiva manifiesta de un hábitus<sup>241</sup> que se convirtió, en una sociabilidad político ritual y su forma jerarquizada y cupular.

Cada manifestación de la política a través de sus utopías, que ha sido la expresión de clivajes tanto al interior de las sociedades como en el ámbito nivel mundial (capitalismo-socialismo), producto de grandes procesos de decantación histórica, que conformaron elementos centrales culturales para entender y explicar las sociedades modernas, que se ha producido a lo largo de la historia toda una revelación de nuestras aspiraciones de las expectativas de desigualdad en que se encontraba cada grupo, es una crítica y una superación de lo que se consideraba con anterioridad una manifestación de ciertos y determinados cambios en la sociedad. También es cierto que las manifestaciones de cólera colectiva, instituciones (partidos políticos, sindicatos, movimientos de base, ONGs), ritos, hábitos, tradiciones, que se recogen en la cultura política constituyen la manifestación mediante la cual la política encauza su expresión. Puede ser positiva o negativa, ser impuesta por las estructuras o surgir de forma creativa e innovadora de la base hacia arriba mediante la expresión de una *política de la vida y emancipatoria*<sup>242</sup> que busca cambiar las condiciones del dominio jerárquico de las estructuras impuestas por los lazos tradicionales.

El desencantamiento de la política tiene su propia dualidad dentro de esta modernidad; por un lado, se trata de eliminar las ideas irracionales de ésta, bajando los niveles de tradición y significado; por el otro lado, prima la realidad de un entendimiento de sus dimensiones en la medida en que encierra a la sociedad en estructuras o instituciones que perdieron sus funciones de cohesión e interpretación. Frente a esta tesis, tenemos que después del triunfo del capitalismo, (éxito de la modernidad) y con el desarrollo y

---

<sup>241</sup> Ira Cohen: 1990: "El concepto de instituciones sociales en la teoría de la estructuración se refiere específicamente a las prácticas rutinarias que la mayoría de los miembros de una colectividad realizan o reconocen". P. 379.

<sup>242</sup> Cfr. Anthony Giddens: 1997b, p. 265 y ss.

consolidación de la sociedad postcapitalista, nos hemos conseguido, no con un desencantamiento hacia la política sino, por el contrario, estamos al frente de un proceso de reencantamiento con la política, en la medida en que emerge una gran variedad de acciones políticas no institucionalizadas, que buscan un espacio frente a la pérdida del monopolio de la razón instrumental de la política organizada (Razón instrumental política: Burocracia, instituciones; razón instrumental expresiva de la política: Cultura, valores, hábitos, creencias, tradición).

Los ciudadanos sólo reconocen a quienes abiertamente los reconocen, en este caso, los partidos políticos. Sin embargo, la falta de reconocimiento de los partidos a los ciudadanos, llevó a estos últimos a revelarse contra los partidos, haciéndose de esto una especial sanción que recae específicamente sobre unos actores que desconocen lo específico del origen de lo político. Cuando pensamos en el éxito de la democracia liberal también pensamos en los aprietos en que se encuentra en casi todas partes. “La corrupción se ha convertido en un problema público en países tan lejanos unos de otros como Brasil, Japón e Italia. El dominio de la política ortodoxa parece cada vez más ajeno a los principales problemas que acosan la vida de la gente. Los votantes se hacen desafectos, y aumenta el número de los que desconfían de todos los partidos políticos. La lucha de la política de partido les parece a muchos como un juego que solo ocasionalmente toca de forma efectiva los problemas del mundo real”<sup>243</sup>.

---

<sup>243</sup> Anthony Giddens: 1997a, p. 229.